

exigente, donde los escritores del antiguo régimen debían mostrar todo su ingenio. Envidiamos la flexibilidad, la variedad que daban a Goethe sus pláticas sobre mil asuntos con Eckermann y tantos otros. Pero hasta un pobre periodista, que se cree agobiado, agotado por su tarea, encontraría en la traducción, si se lo propusiese, el mismo género de ejercicios y la misma suerte de dificultades que ofrecen las conversaciones refinadas.

JEAN PRÉVOST.

(Trad. de A. J. B.)

—EVOLUCION LINGÜISTICA Y CORRECCION IDIOMÁTICA

Aunque las páginas que señalamos (1) no pasan, según la evpresa declaración del autor, de previas apuntaciones para un futuro tratado filológico de índole elemental, bien vale la pena reseñarlas, ya que por su método y excelente doctrina resultan casi insólitas, por lo menos aquí entre nosotros donde estos estudios siguen, con apenas excepciones, entre añejas retóricas y gramatiquerías inútiles.

El profesor Henríquez Ureña, siempre tan seguro en su información y en sus juicios, caracteriza la indagación sistemática del lenguaje como ciencia de campo ya acotado que, apoyándose en la psicología y en las disciplinas sociales, al tiempo que auxiliada por la biología y la física, ha logrado, sorteando enconadas divergencias teóricas, fijar sus principios, establecer su técnica y presentir sus leyes.

Buen conocedor de las ventajas de una terminología precisa, luego de asentir el alcance de estas investigaciones, aclara la más adecuada significación que deba atribuirse a los vocablos *Lingüística* y *Filología*, con los que, en forma tan fluctuante y a menudo equívoca, suele designarse los sectores más considerables de los mencionados estudios. Contrariando el uso hasta no hace mucho tradicional y tan confusamente lato de uno y otro vocablo, aplica el primero a la metódica dilucidación de las cuestiones generales del lenguaje, y reserva el segundo para denominar, en área más restringida, el conocimiento histórico de las lenguas y el sistema de interpretación de los textos literarios. Esta diferenciación, de la que ya hay tantos indicios en las postrimerías del siglo pasado, viene beneficiándose desde entonces con la adhesión de autores franceses, belgas e italianos, como Meillet, Saussure, Vendryes, Bertoni, Bartoli, etc., y aun con la venia de tratadistas alemanes, entre los que destacan Brugmann, Schuchardt, Steintal, Vossler y otros, quienes si bien rehuyen la catadura en exceso románica del vocablo *Linguistik*, son siempre accesibles al reiterado empleo de *Sprachwissenschaft* — ciencia del lenguaje —, su explicativo equivalente germánico.

En lo que toca a la gramática aisladamente considerada, entiende Henríquez Ureña que no hay desventaja grande en admitir — al modo de Bello y según la vieja costumbre — su faz meramente normativa, siempre que no se olvide que por rara incongruencia histórica la práctica no ha

(1) PEDRO HENRÍQUEZ, *El lenguaje*, Tirada aparte de *Humanidades*, XXI.

derivado aquí, como acontece en otras disciplinas, de previos antecedentes teóricos. Digamos, sin embargo, que la estricta distinción de ese doble punto de mira — la gramática enfocada como ciencia (sistematización de hechos lingüísticos en leyes y fórmulas invariables) y la gramática utilizada como arte (norma de corrección e instrumento de cultura) — sigue aún hoy, y por desgracia particularmente en lo que al español se refiere, apenas esbozada.

Aunque más complejo, el problema de la gramática general resulta, por insoluble, de exposición más fácil. Como el fracaso de reducir todo el fenómeno lingüístico a pura fórmula lógica es en la actualidad manifiesto, ocioso, sino inútil, hubiese sido historiar las tentativas, múltiples y ambiciosas, realizadas en ese sentido. En un trabajo de divulgación, ya es mucho recordar las pretensiones de esa empresa, señalando llanamente, como lo hace Henríquez Ureña, el porqué y la razón de ese fracaso. "El lenguaje no es un fenómeno meramente lógico, meramente intelectual, sino fruto del espíritu humano en su totalidad, y ni siquiera del espíritu humano considerado individualmente, sino en la plenitud de sus actividades sociales; no cabe olvidar tampoco la actividad biológica que le sirve de cimiento material. Siempre habrá conflictos entre la lógica formal y el lenguaje. Ejemplo típico: el género de los sustantivos, en español como en las demás lenguas románicas, es absurdo para la razón". (Págs. 6 - 7).

El concepto simplista con que buena parte del público aborda los hechos lingüísticos es enfrentado por Henríquez Ureña con la intrincada complejidad que esos mismos hechos ofrecen al observador ilustrado y, en particular, al científico (1). Este contraste entre las diversas formas de encarar un mismo problema le da margen para ilustrar, con oportunas reflexiones personales, el desarrollo, en general escuetamente expositivo, de su trabajo. La complejidad del lenguaje escapa, en efecto, a la mayoría de los parlantes, quienes, casi siempre trabados entre los términos caprichosamente convencionales de corrección e incorrección, olvidan, encerrados en terrosos prejuicios logicistas, infinitos factores, a menudo imponderables, de fluctuación y de cambio. El aislamiento geográfico y el descuido dialectal no son, ni con mucho, tan graves promotores de perturbación lingüística, según pueden serlo, irrepresiblemente, otros estímulos de orden psicológico, tanto individuales como de irradiación colectiva. Así se explica que aun dentro de una "lengua común", oficializada por el gobierno y difundida por la escuela, el libro y el periódico, surjan siempre tan acusadas diferencias como las que separan el lenguaje literario del de la conversación, el decir de las poblaciones rústicas del de la gente urbana o, lo que es más, el vocabulario, los giros, fórmulas e idiotismos de los diversos sectores sociales, profesionales, etc.

Frente a este perenne fluctuar de los hechos lingüísticos, nada tan fácil — particularmente para los enamorados de sistemas rígidos o de esquemas invariables — como el propender hacia un precipitado escepticismo en todo lo que deba entenderse por corrección idiomática. "¿Quiere esto decir que no existe el buen español?" — interroga el propio Henríquez Ureña. "¿La

(1) Atento a todo, Goethe, cuyo centenario estamos celebrando, ya había reparado en esa actitud simplista e ingenuamente presuntuosa: "Cualquiera, por el solo hecho de hablar, cree también poder hablar del lenguaje".

norma propuesta por la gramática es no sólo ideal sino ilusoria?" Evidentemente, no. Aunque el lenguaje, como producto psicológico, sea en lo esencial un fenómeno tordadizo y sujeto a variación constante — inestabilidad y mudanza, "actividad" y no "obra", según la fórmula humboldtiana — en él no hay sólo evolución, sino también persistencia. Dentro de la anarquía determinada por la ignorancia léxica y el desconocimiento sintáctico, o por la exteriorización inmediata de los afectos, o por las reflexivas innovaciones literarias, actúa siempre, con mayor o menor fuerza, una tendencia resueltamente contraria: la que lleva a superar, a contrarrestar, cuando menos, aquel conato expresivo — intento de traducir la particular visión del mundo — con el proceso de la mera inteligibilidad, con la simple manifestación pragmática de las nociones admitidas. A las rebeliones con frecuencia plausibles de la expresión individual y artística, tanto como al confuisionismo reprochable de las gentes incultas, se opone así, también con más o menos intensidad, el ritualismo idiomático, la norma colectiva. "Para el que habla — opina a este respecto Henríquez Ureña —, la lengua es un sistema fijo, estricto: el medio social que lo rodea lo impone y cada hombre habla según su medio. Cuando la sociedad se desarrolla en poder y en cultura, la lengua de las clases dominantes se difunde, se multiplica, se convierte en motivo de atención pública; la escritura ayuda a fijarla. Por fin se escriben gramáticas que ayuden a fijar las normas que se consideran "mejores" y la enseñanza del Estado las impone: se hace de la lengua culta una cuestión oficial". (Págs. 15-16).

Es, pues, de esperar, para fecha próxima, y en el deseo de que tales preocupaciones se acentúen entre nosotros, la cabal realización de este compendio filológico, tan certeramente esbozado por el profesor Henríquez Ureña. Los servicios que un manual de esa índole pueda ofrecer a los estudiosos hispanoparlantes equivaldrán, sin duda, a los que en países tradicionalmente apegados a estas disciplinas dispensan, entre otros, la *Einführung in das Sprachstudium*, de Delbrück, el *Schuchardt-Brevier*, extractado por Leo Spitzer, la *Romanische Sprachwissenschaft*, de Zauner, o — en plano más modesto, aunque no menos útil — el *Vademecum für Studierende der romanische Philologie* de Karl von Ettmayer.

ANGEL J. BATTISTESSA.

—DE LO HISTÓRICO A LO NOVELESCO

Manuel Gálvez debe haber leído seguramente este párrafo de Anatole France, que encierra algo más que una ironía: "... es posible que precisamente su conocimiento de los libros lo contuviera, ante el temor de aumentar con unas cuantas hojas el montón informe de papel ennegrecido que se pudre obscuramente en las librerías. Nosotros compartimos sus escrúpulos al pasar por los muelles, ante los puestos de "a diez céntimos el tomo", donde el sol y la lluvia devoran páginas escritas para la inmortalidad". Hombre optimista y creyente, el escritor argentino no llegó, sin embargo, a compartir los escrúpulos del fino escéptico que, por otra parte,